ciones malignas que vienen á desenvolver los dañinos elementos de una atmósfera preñada de enfermedades y tormentas. ¿Qué tiene que ver semejante situacion con la de España? No niego que la revolucion francesa sea un gran libro donde haya mucho que aprender para los reyes y los pueblos; pero cuenta con fiar demasiado en semejanzas, que si bien suelen servir mucho á la poesía y á la declamacion, por lo comun son débiles para cimientos de ciencia, y el confiar sobrado en ellas es arriesgado en la práctica.

Esta es la diferencia capital entre nuestra revolucion y la francesa: la Francia estaba preparada, la España no. La revolucion francesa era hija en gran parte de una escuela que por antonomasia se ha llamado francesa, y ya se ve que este solo nombre indica bastante que sus doctrinas no eran nuevas para la Francia. La revolucion española fué hija de la misma escuela; escuela que lejos de hallarse aclimatada en nuestro suelo, lo tenia todo contra sí; y solo pudo penetrar entre nosotros y hacer aplicaciones de sus sistemas, en medio de la confusion y trastorno que consigo trajo la guerra de la independencia, en medio de la distraccion en que se hallaban los pueblos: lo diré en una palabra, aquello fué una *verdadera sorpresa.*

CAPITULO VII.

Coloquémonos en este punto de vista, único verdadero, y entonces podremos fácilmente esplicar las anomalías que ha presentado nuestra revolucion: anomalías que han causado tanta novedad porque se ha olvidado que no se trataba simplemente de una revolucion, sino una revolucion en España.

Si se considera cual merece este hecho, no será difícil esplicar por qué en el año 14 desapareció como de un soplo la constitucion; por qué habiendo revivido algun tiempo despues, bastó que se columbrase en la cima del Pirineo una bandera para que corriese á encerrarse en los muros de la ciudad que la habia visto nacer; se esplicará tambien cómo pereció luego completamente á la sola vista de un ejército bisoño que maniobraba en parada; ni se estrañará tampoco que se malograsen todas las tentativas hechas despues para restablecerla: eran teas arrojadas en una atmósfera que no las alimentaba, desfallecian al entrar en ella y se apagaban.

De la propia causa ha dimanado una singularidad muy notable, y que ha distinguido de un modo muy particular la revolucion de España de la de Francia. En Francia, vimos la revolucion primero sojuzgada por su protector y vencida despues por los ejércitos de Europa; pero si bien se mira, la revolucion no ha desaparecido jamas completamente: testigos los sucesos últimos, pues que ha sobrevivido en algunas instituciones que eran sus hijas, y en el respeto que se ha profesado á todos los hechos que habia consumado. En España las épocas de constitucion han pasado como un meteoro: se han oido truenos, se han visto relámpagos, se han presenciado catástrofes; pero la constitucion ha desaparecido en breve, el órden de cosas antiguo se ha restablecido completamente, se han allanado los sulcos y las escavaciones, se ha derribado cuanto se edificara de nuevo, y en cuanto cabe en la naturaleza de las cosas, todo ha quedado como si no hubiese ocurrido novedad alguna.

Y notaré de paso que teniendo presentes las anteriores observaciones, no es difícil esplicar lo que á algunos causa tanta estrañeza, y es que en España no se respetan los hechos. "Mirad las otras naciones, dicen, allí en siendo consumado un hecho, se le respeta, entre nosotros no; y esta es la causa de que andaremos sin cesar girando por un círculo de reacciones." Observacion que parece esacta á primera vista y que encierra, no obstante, un error muy grave. Abrid la historia, consultad la esperiencia, y vereis que en todos los grandes cambios políticos, los hechos consumados por el adversario son respetedos, si pueden hacerse respetar; es decir, si están sostenidos ó por una opinion muy general, ó por intereses que no sea posible atacar de frente. Esto no se ha verificado en España, y he aquí el orígen de la diferencia. ¿Quereis mas? Figuraos que por una causa cualquiera se consumara en Inglaterra, en Francia, en Alemania, un hecho contrario á la opinion dominante ó á los intereses mas prepotentes: ¿se respetaria? No: vosotros mismos diriais al verlo: esto es violento, no puede durar, caerá.

A buen seguro que mas provechoso hubiera sido reflecsionar sobre las lecciones que de sí arrojaba la célebre década, que no abandonarse á vanas declamaciones espaciándose en pomposos discursos en que se tronaba contra la opresion y tiranía. Cuando se pinta á una nacion como la española, gimiendo por espacio de diez años bajo la planta del despotismo y forcejando por recobrar su libertad, seria necesario no olvidar que es esta aquella misma nacion que humilló el orgullo del vencedor de Europa, y que si tan de ma-

la gana hubiera sufrido el gobierno de Fernando, es bien cierto que no hubieran bastado á contenerla las escasas fuerzas militares de que podia disponer el gabinete de Madrid. Sí, y es muy importante decirlo con toda claridad: un gobierno no puede subsistir por espacio de diez años en pacífica posesion del mando, si este es tan contrario como se ha querido suponer, á la voluntad de la mayoría de la nacion. Dígase lo que se quiera, este es el resultado de los hechos, lo demas son palabras.

Cabalmente en la época de 1820 á 1823, el gobierno representativo, tal como se hallaba en España, tenia en contra de sí hasta cierto punto el mismo espíritu del siglo; circunstancia que acrecentando su debilidad y aislamiento, debia aumentar su violencia, sus delirios y oscilaciones, contribuir á su mas pronta ruina, y diferir su restablecimiento, una vez se le hubiera derrocado. Los escesos de la revolucion francesa y las dilatadas guerras que de ella resultaron, habian ofrecido lecciones de saludable escarmiento: la Francia empezaba á entender lo que significaban ciertas palabras; los gobiernos habian conocido la necesidad de abroquelarse contra nuevas tentativas; y ademas se desplegaba en todas partes un gran movimiento industrial y mercantil, que disipaba en las cabezas esa manía de renovar en los tiempos modernos las turbulencias de las antiguas repúblicas. La ciencia conocia tambien sus yerros, y empezaba á confesarlos paladinamente: echaba ya de ver que asentar la sociedad sobre las ruinas de toda religion y de toda moral, era un imposible: y que el crear las asambleas de los representantes de los pueblos en tal forma que estuvieran en lucha continua con el gobierno, era zapar el edificio social en su misma basa, era inocular en las venas de las naciones un elemento de eterna inquietud, de malestar y de muerte. Por eso iba perdiendo terreno la escuela de Voltaire, se iban desacreditando rápidamente las constituciones de un solo cuerpo legislativo, se confesaba la necesidad de robustecer el poder real; no se confiaba ya tanto en la sabiduría de las asambleas, y se conocia cuán funesto habia de ser á la tranquilidad de las naciones presentarles á la cima del edificio social un rey maniatado, y rodeado continuamente de suspicaces y descomedidos celadores.

Pero por descaminadas que hubiesen andado en España las ideas liberales, y por mas fuerte oposicion que hubieran encontrado en el pais sus ensayos, no habia dejado de formarse un núcleo mas ó menos homogéneo, en cuyo torno se apiñaban insensiblemente todas las ideas y simpatías que no estaban conformes con las miras y marcha del gobierno. Desde la revolucion francesa las ideas habian sufrido en Europa muchas modificaciones en buen sentido; pero á cualquiera que tenga algun conocimiento de la historia política y literaria de aquella época, se le alcanzará fácilmente que ni aun el sistema de los gobiernos absolutos estaba en armonía con el sistema del gobierno español, y que la direccion que se daba á las ideas en España era muy diferente del curso general que tenian en el resto de Europa. La lectura de los periódicos estrangeros, la de tantas obras cuya circulacion mas ó menos clandestina era imposible evitar; los recuerdos, los resentimientos, el menoscabo de intereses, eran causas sobrado poderosas para que no mantuvieran una fermentacion secreta que tenia al gobierno en cuidado y zozobra.

No quiero decir que fuera fácil ni casi posible una revolucion que estallase repentinamente, porque el gobierno tenia muchos medios para impedirlo, y como escarmentado, andaba suspicaz y receloso; pero sí que una vez provocado un movimiento grave en un sentido cualquiera, no habia de ser obra fácil el atajar su progreso. Verificada en Francia la revolucion de 1830, se complicaba mucho la situacion; porque aun cuando presentase un carácter muy diferente de la de 1789, y no abrigase proyectos de propaganda, separaba no obstante á la Francia de la Santa Alianza; y las revoluciones de otros paises, ya que no pudieran prometerse de ella ejércitos ausiliares, tampoco tenian que temerlos enemigos. Esta sola circunstancia era de mucho peso; porque se ha podido conocer por esperiencia, que las revoluciones por mas enemigo que les sea el pais en que estallan, por mas débiles que sean para establecerse completamente, son sin embargo bastante fuertes para que no alcance fácilmente á derribarlas el solo ímpetu de las sublevaciones contrarevolucionarias.

Seguia en el mando el partido realista; pero su lenguaje y procederes indicaban bien á las claras los peligros de que se veia amenazado; pudiendo decirse que los partidos estaban como dos ejércitos, prontos á acometerse á la primera señal de combate.

El nacimiento de la princesa de Asturias vino á cambiar la faz de los negocios; y escluido del trono el príncipe en cuyas ideas y sentimientos tenian depositadas muchos realistas sus mayores esperanzas, hallábase una gran parte de estos separada del trono; y era bien fácil prever, que si el príncipe escluido tratase de sostener sus prentensiones con las armas en la mano, se aprestarian gustosos á combatir en su defensa: ellos serian el escudo y apoyo de las pretensiones dinásticas, y estas á su vez les servirian de título y bandera.

Así con la guerra de sucesion se complicó la de principios; así convirtió cada rama en representante de un principio, y esto fué por

un encadenamiento de hechos tan estraordinario, y al mismo tiempo tan natural, que para producirle ni evitarle apenas podian servir de nada las previsiones del hombre. Cuando han pasado los sucesos, cuando se ha visto su desarrollo y enlace, entonces es fácil decir lo que se habria podido hacer para prevenir estos ó aquellos males, y proporcionar estos ó aquellos bienes; pero ¿quién penetra el porvenir cuando está cubierto con velo tupido, cuando los sucesos están como arrollados en los hondos arcanos de la Providencia? Que la muerte de una reina, el casamiento de un rey, el nacimiento de una princesa, la enfermedad del monarca, la apariencia de su muerte, la prolongacion de su ecsistencia por un año mas, todo, absolutamente todo, hubiese de combinarse del modo mas á propósito para que por necesidad se ligase la cuestion de principios á la cuestian de personas, ¿quién podia columbrarlo? ¿Y qué consecuencias? ¿quién es capaz de medirlas? Cuando se han verificado tan colosales acontecimientos, cuando se divisan tantos otros en el confin del horizonte, ¿qué hombre pensador al fijar su vista en la régia carroza, puede contemplar sin asombro aquel augusto grupo, donde hay una muger (1) que recuerda una historia, donde hay una niña (2) que encierra un porvenir?

Complicadas de esta manera las cuestiones, creábase con la muerte del rey una situacion tan grave, tan difícil, que para salir airoso el hombre que dirigiera los negocios públicos, no podian bastar los mas grandes talentos. No hacia poco salvando por de pronto la causa que tenia encomendada, y orillando la dificultad ya que no fuera posible resolverla. Bien se penetró de lo crítico de la posicion el hábil ministro que á la sazon estaba al frente de los negocios, y conociendo que en semejantes momentos conviene sobremanera ganar tiempo por poco que sea, publicó su célebre manifiesto, que puede mirarse como uno de los mayores obstáculos que impidieron el triunfo de D. Cárlos.

Al Sr. Cea no podia ocultarse que el trono de Isabel estaba sobre el cráter de un volcan, cuya erupcion á duras penas podia contenerse; y así es que aun cuándo es muy probable que él no creia posible por mucho tiempo el cumplimiento esacto y puntual del contenido del manifiesto, vió no obstante que era de la mayor importancia el separar en cuanto cabia la causa de D. Cárlos de los intereses que tan gratos y preciosos eran para la mayor parte de los es-

(1) Doña Maria Cristina de Borbon, noble reina, de quien mas adelante tendremos ocasion de hablar mas estensamente.

(2) Doña Isabel II, actual reina de España, é hija de Cristina y Fetnando VII.—(*Nota del editor.*)

pañoles. Vió que convenia altamente dejarlos al menos en incierta espectativa: entre tanto íbase prestando homenage al trono de la reina, los ánimos se dividian sobre la mayor ó menor probabilidad de los peligros del porvenir, ganábase tiempo, creábanse compromisos, empeñábanse palabras, y al cabo de poco ya el hermano de Fernando debia presentarse de hecho, no como rival que lucha con otro rival para ocupar un trono que la muerte del monarca habia dejado vacante, sino como un pretendiente que tiene ya en contra de sí un gobierno establecido y reconocido en todo el ámbito de un reino.

Sintióse el efecto de la medida de Cea en todas partes, conteniéndose enteramente la esplosion en unas, debilitándose en otras, y no presentando aquel carácter de universalidad que tanto realce le hubiera dado á los ojos de las otras naciones. A pesar de la poca seguridad que ofrecian semejantes garantías, fueron bastantes sin embargo para minorar en mucho el movimiento que se hubiera pronunciado en todas las provincias; ¿y quién ignora los poderosos elementos de que para el efecto podia disponerse?

El célebre manifiesto del 3 de Octubre, ha sido para los adversarios de Cea un tema de agrias reconvenciones; pero los que así han hablado tendrian seguramente muy poco conocida la nacion española. Si á la muerte del rey hubiese manifestado el gobierno la menor tendencia á instituciones liberales, si hubiera cometido el error de iniciar la efervescencia del momento con algun acto en que el trono se hubiese comprometido á concesiones alarmantes, la esplosion, ya de sí muy fuerte, hubierá sido mucho mas terrible, como mas estensa, vigorosa y repentina; y si como no es creible, una mano poderosa no hubiera volado á sofocarla, tal vez el trono de Isabel se habria hundido para siempre.

Pues qué, se me dirá, ¿era este un buen medio para prevenir la guerra civil? no: ¿creyó el ministro que fuese bastante su medida? seguramente que no; pero no ignoraba que en crisis semejantes todo lo que es capaz de disminuir la violencia de la esplosion, todo lo que pueda amainar el furor de las pasiones, todo lo que pueda causar alguna ilusion aun momentánea, todo debe aprovecharse con cuidado; pues de esta manera, aun cuando no se consiga desarmar al adversario, siempre se esparce la division, ó al menos la indecision en sus filas; ventajas que en momentos tan preciosos y fugaces, obtienen el lugar de repetidas victorias. ¿Quién sabe lo que hubiera sucedido si con un manifiesto imprudente se hubiese corrido el velo, y se hubieran presentado en perspectiva las negras y preñadas nubes de que estaba cargado el horizonte político? ¿si los temo-

res y zozobras de que estaban poseidos tantos ánimos se hubieran podido justificar con un acto auténtico, con la gaceta en la mano? Los hombres que tanto han declamado contra el manifiesto, tal vez hubieran tributado sus elogios al ministro, pero quizás habrian tenido que hacerlo desde los muros de Cádiz ó Barcelona.

Bien recientes están los hechos, y ellos dicen de una manera elocuente cuáles fueron las principales causas de que se encendiese mas y mas la guerra civil. ¿Quereis saber en qué estado se halla esta guerra, hasta qué punto están enardecidas ó adormecidas las pasiones, los pasos de adelanto ó de retroceso que da la causa de D. Cárlos, y la mayor ó menor probabilidad de su triunfo? Para apreciar todo eso en su justo valor, teneis á la mano un escelente barómetro, manejable por una regla muy sencilla: siempre la mejora de la causa de D. Cárlos, está en razon directa de la ecsageracion de ideas y violencia de medidas del gobierno de Madrid.

CAPITULO VIII.

La rápida ojeada que acabamos de echar sobre nuestra historia, deberia bastar para convencerse de cuán profundas raices tenia en el pais el principio que alimentaba la guerra á favor de D. Cárlos; pero si esto no fuera suficiente, bastará notar un hecho que se ha verificado constantemente en todos los puntos de la península donde ha llegado á trabarse la lucha. Los partidarios de D. Cárlos han podido siempre maniobrar con todo desembarazo, escogiendo para el efecto aquella unidad militar que mas bien les ha parecido. Una division, un batallon, una compañía, un individuo, todo han podido siempre emplearlo en sus operaciones. Un carlista con su fusil recorria sin peligro una grande estension de pais, llegaba hasta tocar los muros de los puntos fortificados; cuando las tropas de la reina para hacer una marcha de algunas leguas con seguridad, necesitaban reunirse en número considerable, y segun el terreno y las circunstancias, era menester un ejército entero. Acampábanse siete ú ocho mil carlistas en pais tan pobre y pelado como las rocas que los rodeaban, y vivian allí muchos meses; y un ejército de la reina ha-

bia de regresar á un punto fortificado en acabándose la provision de los morrales: una derrota con dispersion, era siempre mortal á una division de la reina: los carlistas las tenian de continuo, y sin riesgo de la fuerza principal, sin bajas siquiera.

Los generales que han hecho la guerra durante este periodo, pueden decir si no es verdad que encontraban en muchas partes una resistencia sorda, pero poderosa, una fuerza secreta que desvirtuaba todos sus triunfos, que agravaba hasta el estremo todas sus derrotas; al paso que daba nueva vida á las nacientes bandas de carlistas, siempre dispersadas y nunca esterminadas. Aun prescindiendo de los tiempos y lugares en que los partidarios de D. Cárlos llegaron á formar un verdadero ejército, ¿quién podrá negarme que siempre y donde quiera, que á fuerza de energía de carácter de algun caudillo, llegaba á penetrar en aquellos pelotones alguna subordinacion y disciplina, formando no mas que una sombra de cuerpos militares, las ventajas de parte del enemigo no fueran incalculables, bastando apenas toda la pericia militar para detenerlos en su ímpetu, y huir el cuerpo á sus amañosos golpes?

Mucho se ha hablado del espíritu de vandalismo, de rapiña y de pillage, señalando todo esto como causa del engrosamiento de las filas carlistas, y de que sus operaciones llevaran ventajas al ejército de la reina. Claro es que entre los carlistas no faltarian hombres perdidos, que so color de pelear por D. Cárlos, tratarian de vivir á sus anchuras: esto sucede en toda clase de insurrecciones; pero si á hecho semejante se le quiere dar una importancia escesiva, si se pretende tomarle como clave para esplicar lo que solo puede esplicarse por causas políticas, me parece que en refutar estas ideas se interesan dos cosas: el honor de los militares y el honor del pais; porque si los carlistas no eran mas que bandas de ladrones y foragidos, ¿cómo es que los ejércitos no podian destruirlos? Se me dirá que el pais los protegia; pero entonces yo preguntaré si el pais es algun establecimiento de ladrones, pues que tanta proteccion habria dispensado á gavillas de ladrones.

No he conocido de cerca á los habitantes de otras provincias donde la insurreccion habia tomado cuerpo, pero sí á los moradores de las montañas de Cataluña; y emplazo á todo hombre que los haya tratado, para que me diga si dejan nada que desear su aficion al trabajo, su honradez y su aversion al latrocinio y al pillage.

Todo esto, que para mí es mas claro que la luz del dia, manifiesta que la causa de D. Cárlos se hallaba ligada con un principio que ha sobrevivido á los esfuerzos que mas de treinta años ha se están haciendo para estirparle; y que á juzgar por los efectos, debia de ser